

UNIVERSIDAD NACIONAL DE COLOMBIA

Seccional Manizales

BOLETIN AMBIENTAL NUMERO XI

EN BUSCA DE LA CIUDAD SOTENIBLE

Por: Margarita Pacheco Montes\*

No deja de sorprender la capacidad de aguante que hemos generado los habitantes de grandes ciudades en Colombia. La cultura urbana, repleta de manifestaciones de “aguante, ha permitido de manera afortunada, introducir en el “homo colombiano” una especie de coraza, como el caparazón de una tortuga para guerrear y defenderse de los ataques frontales del medio ambiente urbano.

La actitud a la cual me refiero tiene varias interpretaciones. Las manifestaciones culturales del “aguante” no se refieren exclusivamente a un problema de impotencia frente a los hechos que nos indignan, sea el terrorismo y la violencia urbana, o las trabas burocráticas especialmente presentes en las grandes áreas metropolitanas o las contaminaciones que agreden a los ciudadanos y que son generadas por distintas causas.

Ante estos hechos, se vislumbra un nacimiento de un sistema de “defensa personal”, producto de la misma cultura, que ha hecho aparecer en la especie humana un extraño “blindaje biológico” nunca antes visto en la historia de la humanidad. Se manifiesta en los distintos grupos sociales de las ciudades, trascendiendo la estratificación social y las condiciones socio-económicas. El problema de la violencia urbana se convierte en un problema ambiental que concierne al conjunto de la población.

La cultura, a través de la historia, ha demostrado una gran ventaja: o ayuda a salir de las crisis para transformar el medio o muere por su incapacidad de manejar la crisis. Muchas ciudades desaparecieron precisamente porque la cultura no tuvo capacidad de transformación de la sociedad.

Como plataforma adaptiva al medio, la cultura ha permitido generar mecanismos de defensa y de juego para capotear los avatares del desarrollo y en este momento histórico, la cultura ambiental debe generar mecanismos para sortear las dificultades que están afectando la convivialidad y la transformación de la sociedad, entrelazados con iniciativas inteligentes y creativas, permiten organizar a la gente para enfrentar las contaminaciones de distinto origen, que afectan la vida diaria y la paz entre los ciudadanos.

La planificación ambiental de las regiones y de las “polis” colombianas, pluralistas por definición, ubicadas en regiones distintas, con geografías y culturas diversas, plantean la redefinición de relaciones entre habitantes, naturaleza y gobiernos. Los poderes transnacionales, centrales y regionales, los poderes de la autoridad local y de los habitantes

están en proceso de cambiar sus cartas de juego. Los planteamientos de la descentralización han obligado a repensar el papel de los actores sociales locales y de sus opciones para la toma de decisiones.

Los poderes regionales están haciendo esfuerzos por definir sus propias relaciones internas, gracias a una inquietud común a todos: el medio ambiente. Y de manera intensa este cambio se está produciendo en las ciudades pues las situaciones de crisis exigen tales replanteamientos.

Se ha iniciado entonces, en la actual civilización de ciudades, el juego de solidaridad y el de las nuevas alianzas, como parte de la armadura protectora del hombre contra las agresiones ambientales.

Las contaminaciones urbanas del aire, del agua, de los suelos, los cambios climáticos y los efectos de estos fenómenos sobre la salud del ciudadano se asocian al estilo como se desarrollan las ciudades en el marco de economías transnacionales. Esas contaminaciones que están afectando, de manera evidente nuestra salud física y mental, están impidiendo uno de los privilegios exclusivos del ser humano: el goce.

En un ambiente urbano equilibrado el goce no tiene porqué ser una utopía si se logran satisfacer necesidades básicas y armonizar éstas con goce del espíritu humano.

Quizás el “blindaje biológico que nos ha brotado en esta época permite mirar hacia dentro de nosotros mismos y cuestionar a fondo las causas de los problemas que afectan el goce del entorno natural y transformando por las actividades urbanas.

Esta reflexión nos fortalece también para enfrentar el juego del poder. Ya estamos adquiriendo habilidades para prevenir, denunciar, solucionar y enterrar algunos de los males provocados en el medio urbano. La misma crisis genera destrezas que desarrollan la capacidad de negociar.

Los jugadores situados en esta nueva cancha de juego, son habitantes sensibles al deterioro ambiental. Tratándose de la defensa de nuestro hábitat, -la ciudad -y motivados por el respeto a la vida y a los derechos a un ambiente digno y sano, los que están en primera línea están en posición privilegiada.

Los motivos de este nuevo juego pacífico, lleven a formular nuevas formas de hacer política y de ganar terreno en los espacios del poder.

La bandera multicolor de un ambiente urbano equilibrado y amable se constituye entonces en un símbolo patrio de ciudadanos bien informados, planificadores y políticos humanizados.

Entre ellos están el peatón y el caminante, los amantes de la bicicleta y los promotores de tecnologías y fuentes no contaminantes.

En este juego transformador que busca reinstaurar el arte de hacer ciudad respetando la geografía y la biodiversidad, se están suscitando curiosas alianzas: la del yo – reconociendo el amor propio y la autoestima, y la de nosotros – compartiendo causas comunes de acto

solidario. Se reivindica la supervivencia del espacio urbano, que es de todos, aunque muchos todavía sean asépticos a compartir ese patrimonio común.

El juego que busca la ciudad sostenible planea la posibilidad de mantener privilegios, pero donde todos, sin excepción, podamos acceder a ellos.

Nadie se extraña cuando se mencionan referencias a la ciudad universitaria, a la ciudad jardín, a la ciudad del sur o a la de la periferia, a la ciudad santa, a la ciudad señora, a la ciudad del petróleo o a la ciudad de las flores. En todas existen ciudades que gozan de derechos políticos y en todas se han llevado a cabo manifestaciones por un ambiente sano.

Todas tienen común una variedad de espacios públicos con historia, con unos definidos pero con futuros inciertos. Esos espacios públicos son como baúles donde se atesoran patrimonios compartidos, que de paso dan la vida: el aire, el agua, el clima, el suelo. Y esos baúles se vuelven aun más interesantes cuando encierran cultura para protegerlos.

Tenemos entonces que mirar la cultura para cuidar esos preciosos bienes del baúl, para permitirnos el juego del diálogo y de la expresión. Como el costeño que goza del fresco nocturno de su mecedora, conversando en la calle con el vecino, en un claro de luna o el paisa que observa sus palmas de cera en un valle quindiano rodeado de niebla.

Que este espacio de diálogo o de chisme sea tratado con adoquín, tableta o piedra, playa, andén, plaza o mirador, poco importa. Lo esencial es que tenga garantizado su permanencia, que se pueda mantener y cuidar, como quien quiere lo suyo por ser vital y por ser de propiedad compartida, sin perder su labor cotidiana, informal, por no decir familiar.

Las cartas del juego para mantener los baúles bien organizados son la inteligencia, la audacia, la comunicación, la creatividad y la identidad territorial. Obviamente después de haber amado, comido, dormido y bañado a satisfacción. Lo importante ahora es que entremos al juego y con todo y blindaje biológico no perdamos la esperanza de un mejor vivir.

COORDINADOR DE LA EDICION

ALBERTO MARULANDA LOPEZ

PROFESOR IDEA – UN.